Alejandro Sieveking

Bella cosa mortal

80 mundos

RiL

ALEJANDRO SIEVEKING nació en Rengo, Chile, en 1934. Estudió arquitectura en la Universidad de Chile, pero pronto abandonó para ingresar a la Escuela de Teatro de la misma universidad, de donde egresó en 1959. Inició una larga carrera como actor, director y diseñador de vestuario pero, especialmente, como dramaturgo. Ha estrenado casi cuarenta obras dramáticas. Entre las más destacadas están *Parecido a la felicidad* (Premio Municipal), *Ánimas de día claro* (Laurel de Oro, 1962), *La remolienda, Tres tristes tigres* (filmada en 1968 por Raúl Ruiz), *La mantis religiosa* (con más de ocho montajes diferentes en Estados Unidos) y *Pequeños animales abatidos* (Premio Casa de las Américas, 1975), entre otras. Es autor de teatro para niños (*Piel de asno* y *El chinchinero*) y de guiones para televisión (*Juani en sociedad, El guaripola*).

Es miembro de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile y, actualmente, es vicepresidente de la ATN, institución que protege los derechos de autor de guionistas y dramaturgos.

En 1994 publicó su primera novela, *La señorita Kitty*.

En la actualidad, además de darle prioridad a su trabajo como actor (obtuvo el premio Altazor al mejor actor de cine en 2008), ha desarrollado un largo trabajo como artista plástico.

947391

11M/303.5
60

Colección 80 mundos
dirigida por Alfonso Mallo

1. Antonio Rojas Gómez (comp.) *Cuentos perfectos*
2. Poli Délano *Piano-bar de solitarios*
3. Guido Eytel *Puestos varios*
4. Adolfo Pardo *La silla de ruedas*
5. Ricardo Cuadros *El fotógrafo belga*
6. Alejandro Sieveking *Bella cosa mortal*
7. Alejandro Varderi *Amantes y reverentes*

Bella cosa mortal

80 mundos

Alejandro Sieveking

Bella cosa mortal

Novela

RiL editores

Ch863 Sieveking, Alejandro
S Bella cosa mortal / Alejandro Sieveking. - Santiago: RIL editores, 2008.

226 p. ; 21 cm.
ISBN: 978-956-284-638-7

1 NOVELAS CHILENAS, 2 LITERATURA CHILENA.

BELLA COSA MORTAL
Primera edición: septiembre 2008

© Alejandro Sieveking, 2008
Registro de Propiedad
Intelectual N° 171.799

© RIL® editores, 2008
Alférez Real 1464
750-0960, Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada y diagramación: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-284-638-7

Derechos reservados.

para Bélgica Castro

Bella cosa mortal, pasa y no dura.
Leonardo da Vinci

Se nace sólo para amar.
Se nace sólo para amar.
Se echa la gente al mundo
para amarse con quién pueda
y como pueda.
Hernán Miranda Casanova

Visita en Pucón

La empleada me indica el quitasol debajo del cual está tendida. Voy hacia ella tratando de caminar en forma ceremoniosa por la arena, lo que no es nada fácil. La verdad es que tengo ganas de arrastrarme. No deja de ser curioso que haya venido a llorar aquí precisamente, aunque una playa desierta sea un buen lugar para quejarse. Se sacude sobre la toalla, con el pelo cubierto por un pañuelo con manchas de tigre, tostada hasta lo perjudicial. Al sentir mis pasos levanta la cara congestionada y veo lo que ha cambiado en estos pocos años, quizás a causa de este dolor violento. La muchacha que lo tenía todo. Bueno, casi todo.

Se arrodilla, mientras me agacho, y me abraza. Gime con un sonido agudo por un brevísimo instante y luego se controla, pensará que es de mal gusto llorar en un lugar como este, a pesar de que soy el único testigo. Se sienta, me mira y trata de sonreír para que vea que es fuerte, que se va a recuperar, tal vez quiere decir que su vida está acabada y que lo que pase de ahora en adelante da lo mismo.

—Me acabo de enterar —le digo, tratando de bajar el tono, que tiende a subir contra mi voluntad.

Ella mira el lago y se pone anteojos ahumados. En realidad el reflejo del sol en el agua es casi insoportable.

Los muchachos que navegan en windsurf parecen ángeles despegados de este mundo, vuelan sobre la luz con la velocidad de los pájaros. El choque apagado de las olas acentúa el silencio. Entre los granos de arena volcánica hay semillas de color amarillo. Serán de boldo. También hay chinitas. Circulan con velocidad de un lado a otro, resbalando y cayendo de espaldas, abren su caparazón vistosa y sacan unas alas color miel, con las que vuelan un trecho corto y caen con torpeza. Parecen no tener un lugar fijo adónde ir.

—¿A qué hora te vas a Santiago?

—No sé. Mañana.

Pienso en los titulares de los diarios, en la violencia horrible, ¿qué le habrán dicho?, ¿quién se lo diría? Ojalá que no haya leído nada. Pienso en la sangre, en las heridas.

Recorro, como si fuera una toma de cine, su boca, sus labios carnosos de gringa, la lágrima que empieza a deslizarse debajo del lente oscuro. Pero la imagen elegida para finalizar la escena sería la del lago y su apariencia de mercurio ondulante y Danny-o volando sobre el agua hacia nosotros desde el más allá.

La ayudo a levantarse, a sacar el quitasol y a recoger el bolso.

—Antes pensaba que esta playa era un refugio —dice, como disculpándose por toda la parafernalia del verano. Ya no es verano, el otoño comenzó hace una semana.

—Si Danny-o hubiera sido hijo mío esto no habría pasado —pienso, mientras caminamos hacia la casa.

—¿Has sabido de Helmut? —digo.

—Claro, él me avisó, me mandó un recado a través del hotel —Helga saca un pañuelo del bolso y se suena la nariz—. Tú sabes que aquí no tenemos teléfono todavía y el celular es demasiado caro para mí.

Se ve que sufre con la arena gruesa que se le mete en las chalas. Por un momento breve se queda quieta.

—Ahora que lo pienso, fui una madre espantosa.

—No es verdad. Las cosas se presentaron de manera que no pudiste...

—No, no pude. Era una madre adúltera, por tu culpa. Mira, eso no se me había ocurrido. Tú eres el culpable —lo dice en forma dulce, como si fuera un elogio. Se saca las chalas en el camino de baldosas de cemento y las sacude—. A Helmut le descubrieron una diabetes. Pero eso no le impide seguir tomando como carretonero. Estará esperando que llore en su hombro. El padre y la madre reunidos por la desgracia. Espera conseguirse una enfermera gratis, ahora que es un viejo decrépito y abandonado. Me ha estado escribiendo. Dice que me perdonaría. ¿Perdonarme qué?, me gustaría saber —mira hacia un grupo de veraneantes tardíos que avanza por el paseo Guddenschwager—. No me acosté contigo hasta que nos acusó de haberlo hecho.

Entramos.

La casa está en el límite del bosque de boldos, casi sobre la arena. Grandes ventanales dan al lago. Una casa vieja que ganó con las batallas. Parece que hubiera retenido lo mejor de todos los maridos de mi ex mujer, que, por lo demás, no fueron tantos, los inevitables. El primero, el que la construyó, murió destrozado por las hélices de una lancha a motor mientras buceaba cerca de la península. El segundo, Helmut, un valdiviano de familia rica con una casa antigua a la orilla del río Calle-Calle, de donde Helga sacó algunos de los muebles que tiene ahora en este living. El tercero fui yo, por muy corto tiempo, desplazado por el cuarto, el socialista de la Unidad Popular, a quien acompañó en México durante

trece años, los años fatales en que Danny-o se transformó en adolescente y empezó a fabricarse la imagen de objeto sexual, pobre criatura.

Mi aporte a la casa está colgado en el lugar de honor, sobre el sofá color rosa viejo con cojines traídos de Alemania y de la India. Es un cuadro de Venturelli, campesinos sentados junto a un arbusto oscuro del cual emergen unas colas de zorro platinadas, como fuegos artificiales en el amanecer. ¿O es el atardecer? El dibujo predomina sobre el color, pero de todos modos es un óleo estupendo. Se lo regalé a Helga porque era el que más me gustaba de todos los que tenía en ese momento. Ahora veo que ella también lo aprecia, aunque lo tenga desterrado aquí en Pucón. Desterrado. Qué cosas se me ocurren, no soy responsable de lo que pasa por mi mente, no es para menos.

Reaparece la empleada, vestida para salir, con un bolso de compras.

—Entonces, ¿no quiere que me quede, señora?

—No, Mercedes. No se preocupe.

—Voy a llegar temprano —murmura la mujer, casi no se entiende lo que dice, no es una frase, es un lamento. Y sale, mirando el suelo, como si ella fuera la asesina.

—Las siete. Hora de abrir el bar —dice Helga, después de una pausa en que se ve con claridad que no sabe dónde está, ni le importa, sacándose el pañuelo atigrado—. ¿Sigues tomando ron con Coca-Cola?

Yo sonrío. Me pongo serio.

—Nunca he tomado ron ni Coca-Cola. ¿No me estarás confundiendo con otro?

—Es posible. Tú ¿cómo te llamas? —me da la espalda y saca la botella de whisky. Buenos reflejos—. Ya no te acuerdas de tus tiempos de pobre.

—Esos tiempos no han pasado para mí.

—Mentira. Nunca falta quien me cuente lo que haces. ¿Cómo se llama tu mujer? Me acuerdo de que no era un nombre corriente.

—Viera.

—Raro nombre.

—Rara mujer, además.

—¿En qué sentido?

—Dos personalidades.

—¿Eso no es mejor que una sola? —me entrega el vaso con whisky y menos hielo del que yo acostumbro—. Más entretenido, quiero decir.

—Según. Hay una que me gusta y otra no tanto.

—Licenciosa y reprimida.

—¿Cómo sabes?

—Es lo habitual. Con variaciones. Todos somos así. Con variaciones. Lo espantoso es eso, creo yo, que somos más parecidos de lo que creemos. Como si fuéramos de una misma especie. Digo mal, no es espantoso, es el único consuelo.

El silencio casi nos aplasta por un momento. Nos quedamos mirando el contenido de los vasos como si adentro nadaran seres vivos. Oscurece y el lago se pone plateado y negro. Pasa una lancha en diagonal hacia la desembocadura del río. Ya sería hora de encender las luces, pero tal vez es mejor que se nos borren las caras. El ventanal es como una pantalla de cine en la que se proyecta un aviso mostrando los espectaculares atardeceres de la zona. Una pareja corre a caballo por el borde del agua. Eso realmente lo vi en una película francesa. O en un comercial. Pienso en Danny-o y voy a carraspear, me tomo un trago para evitarlo. La voz de Helga sale desde un rincón en penumbra.

—¿Por qué estás aquí?

—Vendiéndole cuadros al Gran Hotel. Viendo la posibilidad de instalar una pequeña galería para que no tengan que ir a comprar a Temuco.

—¿Y cómo te enteraste?

—En el hotel. Alguien comentaba. Leí el diario.

—¿Lo habías visto últimamente...? ¿A Danny-o?

—Sí.

Estuve a punto de decir: «Anteayer. Parado junto a su asesino». Debo de estar loco. ¿De dónde saco que Joaquín es el asesino? Absurdo. Estuve a punto de decir: «Fue amante de mi mujer». Pero dije: «Se veía bien, como de costumbre».

—«Producto de la zona».

—Pero Danny-o era un caso aparte, claro, atípico, en... en el otro sentido.

—¿Qué sentido?

—Bueno, tú sabes. Nada que ver con sus compañeros de curso que son ingenieros, doctores. En ese sentido no era un producto de la zona.

—Claro, no era. Culpa mía.

—No quise decir eso —me siento pésimo. ¡Qué diablos importa ahora quién tiene la culpa!—. Por favor, Helga, por favor. Yo tampoco soy ingeniero ni nada por el estilo, lo entendía. Otra sensibilidad, eso es todo.

—¿Crees que es una casualidad que hayas estado aquí, en este momento? Justamente tú. Es muy especial. Si hay alguien a quien necesite darle explicaciones es a ti. Será porque me conoces y no me tomas en serio.

Creo que todo lo que dice es discutible y confuso, pero, también, que necesita hablar y que, si no lo hace, va a quedarse sin dormir aunque se tome tres de sus pastillas habituales.

—Pienso en lo que piensas.

—Cosas tristes— digo.

—Yo sé. Pero antes pensabas cosas divertidas en los peores momentos.

—Ninguno ha sido peor que este.

—No, ¿verdad?

—Y estoy más viejo. Lento de reacciones. La cabeza gastada.

—No es cierto. El buen humor no se pierde. ¡Eras tan simpático, Rodrigo! Fue por eso que me confundí y creí que me había enamorado de ti. Me hacías reír —oigo su risa ronca mezclada con algo como un ahogo interno, todo amortiguado por el ruido del viento que recién empieza a sacudir los boldos—. Un don de Dios. Estaba pensando que soy una de esas personas afortunadas que lo han tenido todo. Plata, amor, amores, un hijo precioso. Y no fui capaz de conservar nada. Creía que me faltaba por llegar lo mejor de la vida, recibía los regalos pensando: «Esto es un anticipo». Pero era todo. Ya no hay más. No merezco más, tampoco. Lo perdería. Yo hablo mal de Helmut, pero no soy mejor. Era tan buenmozo, tan rico, ¿para qué se iba a preocupar? ¿Para qué iba a deslomarse trabajando, como sus hermanos, cuando todo le llegaba tan fácilmente? En esa época yo estaba de acuerdo. Pero la belleza es una maldición, si no sabes administrarla. Ya ves a Kurt, el feo de la familia, feliz, cada vez más próspero, con hijos y nietos, una familia maravillosa. No le pasa nada que se pueda comentar. Porque se esfuerza. Ya había oído eso en los cuentos infantiles en el kínder, que los regalos no servían tanto como las conquistas, pero recién comprendo que tenían razón. Por lo demás, ¿quién se va a tragar una moralina tan deprimente, a menos que te lo enseñe la experiencia?

Es de esas cosas que, aunque te las repitan millones de veces, no te las tragas. La experiencia ajena no sirve. Sí, sí, estoy exagerando. Lo que más siento... —casi no oigo lo que susurra—. Pero ya es tarde. ¿Quieres otro trago?

Si le digo que no, va a creer que estoy lateado con sus divagaciones. Si le digo que sí, va a agarrar vuelo. Pero no puedo dejarla con el corazón sangrante en la mano, justo en el momento en que va a sacarse la espina que lo atraviesa de lado a lado.

—Bueno, gracias, pero ponle más hielo, por favor.

Prende la luz de la cocina, que da de lleno en un estupendo grabado de Eduardo Vilches; me acuerdo demasiado bien del día en que se lo regalé. Son unas manchas negras flotando en un espacio blanco. Siempre entendí que lo blanco era el mar y lo negro una isla, botes, el reflejo de la isla en el agua. Supongo. Paz, en todo caso.

Ella andaba con un abrigo angosto, todavía no se usaban las hombreras, a mediados del setenta y dos, llevaba de la mano a Danny-o, que tenía dos años y parecía la imagen viva del niño Jesús de Praga, con un abrigo corto, minúsculo. Habíamos quedado de encontrarnos en el café Colonia, según yo a reconsiderar nuestra separación porque ¿cómo íbamos a tomar en serio la primera dificultad? Y yo la quería tanto y los tiempos eran difíciles, había hablado de más, por supuesto, ¿cómo iba a creer que su simpatía por el partido socialista era por seguir la moda? Me había desconcertado, eso era todo, yo también pensaba que el Capitalismo era un sistema podrido, pero que de ahí a militar en un partido, bueno..., eso era otra cosa, para otro tipo de personas con más claridad mental que yo, no que ella, que ella tenía una claridad envidiable, que estaba dispuesto a discutirlo, ni siquiera eso, a

darlo todo por seguro porque, en el fondo, yo también sabía que el socialismo era la única perspectiva para el futuro, pero que era un cobarde, mis clientes pertenecían a la burguesía podrida, que lo único-único, lo juro, que pensaba era que el arte es para las minorías hasta que se educaran las mayorías, que me había encariñado con Danny-o, que era igual que si fuera hijo mío. Igual.

Llevaba el grabado en una carpeta de cartón, salpicada con las primeras gotas de lluvia de la temporada, y el discurso semimemorizado de tanto argumentar solo en la noche. Ella había ido a decirme que era una estúpida, a veces pensaba que estaba loca, pero que, finalmente, había encontrado una razón para vivir, una utopía, algo casi imposible de realizar, pero que si no participaba en la marcha de los acontecimientos se iba a sentir como una inútil y una miserable egoísta por el resto de su vida. Que ella lo había tenido todo, que otros no tenían nada. Que yo era adorable, pero tan inmaduro en mi percepción de la realidad, y no era una crítica porque, evidentemente, tal vez por eso podía captar otra realidad, la del arte, y disfrutarla, pero que ella era distinta y más valía no engañarse. Justamente eso es lo que pretendía hacer de ahora en adelante, no engañar a nadie, bajo ninguna circunstancia. Nada menos. Que nuestro tiempo juntos había sido feliz. Eso lo repitió tres veces, de modo que el «había sido» no permitía apelación. Se me caían las lágrimas sobre la crema del café helado. El final fue peor. Dijo que estaba casi segura de que iba a terminar mal, no se hacía ilusiones con respecto al ejército, y la derecha no se iba a quedar de brazos cruzados. Sabía que Helmut le pegaría un balazo sin remordimientos si llegaba a enterarse de que andaba metida en esos líos, no quería arrastrarnos, iba a llevar a Danny a Valdivia, para que

su padre lo cuidara, el hijo de puta. Me preguntó si yo me daba cuenta de la espantosa contradicción que esto significaba, entregarle su propio hijo al enemigo, sólo para estar libre para la lucha. No se le ocurría qué otra cosa podía hacer. A mí tampoco se me ocurría.

El nuevo trago es casi puro hielo, poco whisky. Dijo que no tenía para un celular. ¿Será feo preguntarle cómo anda de plata? Estará igual que yo, con la diferencia de que tiene esta casa. O sea, está mejor que yo, este terreno debe costar una fortuna. Enciende una lámpara que ilumina el living suavemente y que borra el exterior, transformando el ventanal en un espejo oscuro que nos refleja tan tristes como estamos.

—Gracias —digo al recibir el vaso—. Bonitos los cojines. En realidad la casa entera es una maravilla.

—Se salvó del incendio. Yo le digo incendio al golpe militar.

—¿Fue muy dura la vida en México? —qué absurda suena esa frase, como para iniciar una conversación entre desconocidos.

—¿Qué quieres que te diga? Ellos fueron un encanto, tienen sus problemas, como todos, lógico, y uno de esos es que son chauvinistas. Pero al lado de los chilenos, aficionados. Allá descubrí que somos unos imperialistas culturales impresionantes, no admitíamos que las cosas pudieran hacerse de otra manera que como nosotros decíamos. ¡Pero si arrasamos con los argentinos, que parecen tan fuertes! Es cierto que casi siempre teníamos la razón. Éramos más analíticos, más trabajadores, pero empezamos a creernos los portadores de la verdad. Juan no tanto. Juan era más conciliador. Y en un momento los mexicanos me dijeron que qué me había creído, que no me las diera de Evita Perón. Me sentí tan miserable

como no tienes una idea. Vuelta en ciento ochenta grados. Estaba convencida de que no servía para nada, que era un estorbo y, por lo tanto, era mejor volverme a Chile. Me aguantaron harto tiempo, ¿ah? Trece años. Desde el setenta y tres al ochenta y seis. Las cosas no andaban bien con Juan y yo me sentía descalificada por mis compañeros. Una pura catástrofe. Hablábamos, llorábamos y tomábamos whisky, como dicen en los chistes sobre el exilio dorado. Lo único dorado era el whisky. Me puse a organizar el viaje a Madrid, donde me iba a encontrar con Danny-o, al fin. Eso fue el... déjame ver, el ochenta y cinco, a fines del ochenta y cinco. Juan le pidió a su familia que le vendiera el departamento y recibimos la plata. Una historia larguísima. Una pesadilla. Para resumir el cuento, estaba todo listo, le escribo a Danny contándole la fantástica noticia: viaje a España, a Italia y Francia apenas saliera de vacaciones. Carta de vuelta, muy bien redactada, diciéndome que el padre no le daba permiso. Llamé por teléfono, hablé con los dos, parecían extraterrestres. No entendían nada, no me creían, parece. Algo incomprensible. Rechazaban mi invitación porque me consideraban una puta. Anda a saber lo que pensaba el pobre Danny, con el padre al lado del teléfono gritando que yo era una loca, que había que ser idiota para confiar en mí. Y yo, tratando de no perder el control, dando todos los argumentos imaginables para convencerlos. Si me notas más vieja no es por los años sin vernos, es por esa maldita llamada que, más encima, me costó una fortuna. A la semana siguiente me entero de que Juan tiene gran romance con una argentina rubia teñida como todas las argentinas. Tiré la esponja. Cambié el pasaje a Europa por uno para Chile, con escala en Buenos Aires, donde me compré ropa para volver como estrella de cine.

Sonrío. Era una especie de chiste. Estará tratando de no recordar el pasado reciente, prefiere el pasado lejano. Cualquiera en su lugar haría lo mismo.

—Directo a Valdivia. Imaginándome todas las posibilidades por el camino, todo lo que podrían decirme, dispuesta al chaparrón de insultos, a la indiferencia, cualquier cosa con tal de recuperar a Danny. Era lo único que me quedaba, así es que no pensaba perderlo. Tomamos té, los tres, en el hotel. Ahora que estábamos juntos no había problemas. Yo estaba peinada, perfumada, con un traje prudente, maquillaje suave. La madre ideal. Helmut de terno y corbata, no digamos que la última moda, pero bien. Ya no tan bonito a causa del trago, la piel demasiado roja. Y Danny-o... como para parar el tráfico.

Se entrega a sus lágrimas violentas, a sus gemidos. En un momento así uno desea estar en otra parte, pero el resto del mundo no existe más. Tengo que aceptar que este es mi lugar, quiera o no quiera. Dejo el vaso en el piso y me levanto para acercarme a ella.

—Helga, querida, querida.

—Sí, sí, no te preocupes, ya se me va a pasar —se seca los ojos con los dedos—. Ya, ya, ya —se toma un trago, aspira con la boca abierta, ansiosamente—. No puede ser un error, ¿verdad? No pueden haberlo confundido. Claro que no. Era inconfundible. No es porque fuera hijo mío, pero era...

—Sí.

—Trato de pensar si esto tiene alguna lógica.

—No tiene —creo que miento. Bota el aire. Otra vez. Otra vez.

—No sé qué estaba diciendo —dice. Bota el aire otra vez.

—Eh... Cuando... volviste a Valdivia y...

—Sí. El reencuentro. Sí. A ratos me falta el aire... El reencuentro. Fue difícil, distinto a lo que esperaba... Lo malo es que no había caso de sacarle palabra a Danny-o, solo monosílabos. «Sí». «No». Lo más que dijo fue: «Seguro». Estoy exagerando, pero esa era la impresión que me daba. Traté de relacionarme, no había obstáculos visibles. Hicimos paseos por el río a Niebla, a la isla Mancera. Nos sacamos cientos de fotos. Mira esa —en un marco de plata Helga y Danny-o muy juntos y sonriendo, la imagen de la perfección, si se ampliara a los tamaños de un afiche parecería propaganda para un yogurt. Irreal. En general la gente no es TAN feliz, ni tan bonita, ni tan—. Demasiado bueno para ser verdad. Lo dejé de tres años, lo encontré de dieciséis. Increíble. Así fue. No se podía recuperar tanto tiempo perdido en solo un mes. A esas alturas yo seguía instalada, igual de elegante, en el hotel. Pero mis cuentas me anunciaban tiempos difíciles. No como para tirarme al río, pero había que decidir adónde me iba. No lo había pensado, la bruta. No podía volver a vivir con Helmut, no podía ni sugerir llevarme a Danny a ninguna parte. Mi familia me había administrado bien las tres casas que se me habían acumulado en herencias de mi padre y de mi tía Carlota, que me consideraba una especie de Scarlet O'Hara. Y nada más. Me aconsejaron que viviera en esta casa con la renta de las otras tres, que no es poco ni mucho. Como para vivir. Yo, viviendo de las rentas. La vida es así de absurda. Aunque suene terrible, Danny-o me tenía más atorada que Helmut, de manera que la solución me pareció perfecta. Él vendría a pasar las vacaciones conmigo. Helmut tuvo que reconocer que yo tenía una situación mejor que la suya, ya que estaba medio mantenido por los hermanos, a punto de vender

la casa junto al río que, sin los muebles que yo me había traído hace mucho para acá y los que él había vendido a los anticuarios para comprar trago a escondidas de su familia, era un peladero. Te gustaba esa casa, me acuerdo, pero vacía te habría enloquecido, un retrato de la decadencia de las grandes familias alemanas del sur. Mágica. Nunca fuiste al embarcadero, que yo recuerde. Salías de la casa por una galería de madera, bajabas una escalera de baldosas españolas y llegabas al muelle que, en sus tiempos, era techado. Y el río. El río.

Se detiene porque el recuerdo es demasiado para ella, la feroz corriente verde le pasa por encima. Es claro que estaba enamorada de esa casa, como lo estuve yo también, seguro. La belleza al borde del desastre es más intensa.

—No vayas a creer que la familia de Helmut estaba en decadencia. Ni remotamente. Kurt, especialmente, y Hjalmar son los reyes del nuevo mundo: plantaciones de grosellas, de frutillas, aserraderos, criaderos de salmones, islas en Chiloé. Me sentía la pariente pobre de la familia Onassis. La loca socialista, la ingenua, la tonta útil. Si esperaban arrepentimiento, se dieron un guatazo. En la comida que me dieron, de despedida, por supuesto, cuando se dieron cuenta de que no les iba a sacar ningún pedazo de sus cuantiosos bienes, me disfracé de hija de la reina Isabel, me puse un collar de fantasía húngaro que los dejó sin habla por largo rato. ¡Qué delicia, qué venganza! La mujer de Hjalmar, la Dorotea Walper, que se las daba de experta en joyas, me miraba de cerca, de lejos, se reía, incrédula, se amargaba, trataba de hacerme confesar y yo, como confundida, diciéndole: «Pero, Dory —odiaba que le dijeran Dory—, querida, si fuera una fantasía no me lo habría puesto, sabiendo que ibas

a estar aquí». En un momento se me ocurrió que estaba desprestigiando a todos los socialistas y estuve a punto de confesar. Pero después pensé que lo que a ellos les fascina es la riqueza, el éxito, que, a lo mejor, sólo así podrían abrir sus mentes por un ratito hacia el resto del mundo, hacerse preguntas, por lo menos. Una leve ventilación en ese ambiente cerrado. No dije nada. Pasé la mano por el pelo de Danny, que parecía un príncipe, y le dije: «Este collar será para tu mujer, cuando te cases». Los jodí.

—Eres muy mala —le digo, tratando de sonreír. La frase tiene un efecto inesperado. Su animación desaparece y se levanta.

—Una mala madre —especifica.

—Helga, no, por favor. Estábamos tan bien.

—No tenemos que estar bien. No hay ningún motivo. Me había olvidado de la Dorotea Walper, debe estar peor que yo, igual que yo, pobre Dorotea... Te he aburrido tanto que no tengo perdón. ¿Estás alojado en el Gran Hotel? ¿Quieres que te vaya a dejar?

—Ando en auto.

—Perdona, no tengo comida.

—Ni yo tengo ganas de comer.

—¿Y qué otra cosa vas a decir? Estoy cansada, Rodrigo, de veras. Has sido mi salvación, pero no puedo seguir hablando de frivolidades, aunque siento que no tengo otra cosa a la que agarrarme. Te voy a tener que echar. Me voy a Santiago en avión, temprano—. Salimos por la cocina hacia el patio de atrás, donde dejé el auto. El bosque de boldos se ve de un negro espeso—. Lo último, dime, esa niña, la Eugenia Ladance, ¿qué tenía que ver con Danny?

—Andaban juntos.

—Pero ella ¿que no es casada?

—Sí, sí, claro.

—Ah.

—Las cosas no son como dicen los diarios, no los leas, no creas lo que te digan. Yo los conozco a todos.

Es curioso hablar de algo cercano que, de pronto, quedó enterrado por un aluvión, todo latiendo y, sin embargo, muerto. El viento es tan ruidoso que no oigo su llanto. No sé si se queja. Por suerte está tan oscuro. No sé si llora. Me siento como si me hubieran pateado. Helga da unos pasos, apenas la distingo. Es como una sombra clara.

—¿Danny-o la quería?

—No sé, pero no creo que fuera un amor para toda la vida —carraspeo.

—De esos hay pocos. Está haciendo frío.

—Trata de dormir.

—Sí. Gracias, de nuevo, Rodrigo.

Helga me da un beso en la mejilla. Huele a bronceador. Nos separamos con lentitud. Prendo las luces del auto, que la iluminan. Tiene las manos cruzadas sobre el cuello para protegerse del viento frío. Cualquiera la hubiera amado.

El puelche sacude los boldos con fuerza. Mañana el agua del lago estará tan helada que nadie se podrá bañar.

Las raíces que salen de la tierra son las que arruinan el camino. Y, con la falta casi absoluta de alumbrado, el regreso al hotel se hace difícil. Me arrepiento de no haberle dicho todo a Helga.

Lo de Eugenia Ladance, Eu para los amigos, esa mujer estupenda, parecida a la Viera, por eso mismo tan amigas, a pesar de ser de niveles sociales muy distintos. Además, las dos tuvieron un objetivo común, Danny-o,

el par de adúlteras. La Viera fue más fuerte, cuando él la dejó no hizo nada tan tonto como ese intento de suicidio de la Eu. No. Hablamos. Lloramos juntos. Perdón, perdón, yo te perdono, mi amor. Etapa superada.

Debí contarle que la Eu tuvo un coma tóxico, que la salvaron por un pelo, que estuvo más de un mes con un coma histérico, que recién la semana pasada abrió los ojos, que empezaba a volver a la vida poco a poco. Que anteayer vi a Danny-o en la clínica, junto a Joaquín, a la Pancha. No, esa escena no es para contarla.

En el hotel me voy a la pieza a ver el noticiario. No se habla de otra cosa, de Danny-o, del lugar del crimen, la casa de Eugenia Ladance y su marido, Joaquín Vergara, famoso por su éxito, por su pinta, por su buen gusto. El trío. Llueve sobre mojado. Dicen bien, la lluvia no cae nunca en los desiertos, solo en las tierras fértiles. Dicen mal, las tierras son fértiles porque cae la lluvia. La casa antigua aparece iluminada por los focos de la televisión, recuerdo la colección de cuadros, el tapiz flamenco, las piedras duras, el torso femenino de Egenau, el torso masculino de Valdivieso, los muebles fabulosos, la piscina fosforescente. Las puertas se abren para dejar pasar a policías de civil, afuera hay carabineros, nadie sabe detalles del horrendo crimen. Muestran uno de los comerciales que filmó Danny-o hace tres o cuatro años, en que aparece tomando una bebida, sonríe a la cámara, dos lolas lo besan. Todos en traje de baño. Se ríen. La imagen misma de la esplendorosa y envidiable juventud. Los periodistas hacen guardia frente a la tienda de la Eugenia. No tienen idea del intento de suicidio. Felipe. Entrevistan a Felipe, puntualiza que Danny-o ya no trabajaba en la tienda desde hace un mes y que Eugenia Ladance está hospitalizada desde hace dos meses, de modo que eso no

tiene nada que ver con lo ocurrido recientemente, todo el asunto es lamentable, una tragedia. El portón frente al edificio de Vitacura. Joaquín. ¿Cómo tiene ánimo para afeitarse tan bien y elegir la corbata justa para ese traje perfecto? No hace declaraciones. La Pancha se desliza, en segundo plano, con aspecto de culpable. Tan tonta esa mujer, tan opinante.

—Rodrigo —fue hace casi dos meses, dos meses, sí, en la clínica, cuando parecía que era el final de la historia, y era el comienzo, apenas—, a ti te cree, te hace caso. Habla con ella.

—Yo no me meto en esas cosas, Pancha.

—Yo ya estaba viendo que esto iba a pasar. ¿Cómo pudo?, ¿no hubo un alma caritativa que le advirtiera que ese niño era un puto?

—Pancha, por favor, no digas leseras.

—Tener un amante, santo y bueno, se nota a la legua que Joaquín es de los que mean sentados. Pero la Eugenia se casó con él, lo eligió después de pensarlo mucho. Si le gustaban los putos, ¿por qué no se casó con el Lalo, que juraba que ella era la única que podía salvarlo? Y Joaquín no la engañó jamás de los jamases, por lo menos con alguien conocido. Y aunque la hubiera engañado, ¿adónde iba a encontrar otro más fino, más inteligente y con más plata? Con buena facha, más encima, porque nadie, lo que se dice nadie, podría imaginarse que ya va para los cuarenta. La Eu me desespera. Pero ¿cómo pudo? Yo sé que este fue intento de suicidio, ¿quién se va a tragar lo de la intoxicación casual? Típico, no se le ocurrió nada mejor que dar el gran show. ¡Por un hombre! No hay hombre en el mundo que merezca las lágrimas de una mujer... salvo mis hijos. Y menos por un tipo que ha andado con hombres. Ese asunto es más conocido que la ruda.

Recuerdo que en ese momento la miré con antipatía.

Era una mujer que había sido bonita en algún momento, de cuarenta años, algo así, y se veía horrible y vieja, llorosa, salivando demasiado, roja de ira, los ojos pequeños de las fanáticas.

—Mira, Pancha, en primer lugar no puedo hablar con la Eu, nadie puede, ubícate.

—Por supuesto que sé que no puedes hablar con ella, AHORA, soy tonta, pero no güevona. Pero dentro de un mes, cuando la den de alta...

—Y Danny-o no es un puto.

—¿Un tipo que no trabaja y de la noche a la mañana aparece elegantísimo, aro en la oreja, diamante, si no te importa, y un Patek Phillippe, que cuesta fortuna y media? Con razón decía mi mamá que un poto bien administrado da más que un fundo.

—La familia de Danny-o tiene mucha más plata de la que te imaginas.

—No es lo que he sabido yo.

—Pancha, no vas a venir a contarme a mí la historia de Danny-o, es hijo de mi primera mujer.

—Ah, por eso lo defiendes. Yo no soy cartucha, tú sabes, pero creo que todo tiene un límite. Las luces rojas están para detenerse, para no chocar con los demás y sacarse la cresta. Hay que detenerse a pensar. Yo quería aconsejar a la Eugenia, te juro que lo intenté, es como si fuera hija mía, diez años menor que yo, figúrate, mi única hermana, porque a la otra imbécil no la cuento, pero me paró en seco. Claro que, aunque me hubiera dejado decirle lo que sé, no me habría creído una palabra. Y yo estaba demasiado furiosa como para disimular la rabia que me daba su calentura con este niño. Es mucho más

fácil decir cosas divertidas o pelar a los demás. No cuesta nada y uno cae bien. Aconsejar siempre resulta petulante y anticuado. Me habría dicho que mejor me preocupara de educar a mis hijos, que tienen sus defectos, como todos a esa edad. ¿Y qué hacer, si una no es inteligente? Dime. ¿Nos faltó preparación, nos casamos demasiado jóvenes, fuimos egoístas? ¿Por qué Dios nos castigó? Yo nunca le hice mal a nadie, la mitad de mis gastos al mes son donaciones a la Liga del Cáncer, a los niños quemados, al Hogar de Cristo, a los sin casa, a la olla común. Si un poco más y me hago monja de la caridad, hago lo que puedo, pero igual me siento espectadora del hundimiento del Titanic. Grito, desde la orilla: «¡Están que se hunden! ¡Ojo al iceberg!»... Mira, hay una mancha de humedad en el techo. Quién lo diría, en una clínica como esta, que cobran hasta por respirar —bueno, por eso es por lo que cobran, en realidad—, debería ser todo a prueba de comentarios. Especialmente el techo, mal que mal es lo que más miran los enfermos. ¿Cómo pudo? No me entra. El Danny-o es una belleza, cierto, aparentemente inocente, te lo acepto, pero ocho años menor que ella y con un pasado turbio. Hace bien llorar. Por eso lloro. Y así te extraña que quiera irme a vivir a Las Tacas y no salir nunca más de ahí, a menos que sea para integrarme a la tierra.

Ahora estará contenta, la deslenguada.

Otro comercial antiguo: Danny-o en un barco por el río Calle-Calle. Pasa justo frente a la casa de Helmut. La imagen se detiene. La locutora afirma que el medio artístico está consternado. Aparece esa actriz que está tan de moda con anteojos ahumados. Se ve ridícula. Llora de verdad. En el resumen final me entero de que otros han muerto en accidentes de tránsito, en asaltos. Cada día muere gente.

Bajo al comedor. Todos los pasajeros del hotel llegamos casi al mismo tiempo. Los morbosos estaban en lo mismo, pegados a la tele, agradecidos de ser espectadores, de no estar ni cerca del escándalo.

Mis vecinos de mesa comentan la desgraciada vida de los ricos, eso se paga: «Pobre hombre, el Vergara, qué situación, todo por ser el dueño de la casa», «Mi mujer tiene un traje de Eu Ladance, una tienda super exclusiva», «Sí, la ubico, una que está en General Holley», «Nada más caro», «El socio de esta niña es el diseñador, Felipe no sé cuanto, ella ponía el nombre, nomás», «Y la plata del marido», «Mañana darán más detalles del asunto».

Desde una mesa pegada a uno de los ventanales que dan al lago, un hombre cuarentón de pelo corto me lanza una mirada blanda. Sin los homosexuales el mundo sería mucho más aburrido. Y más feo. Ellos lo adornan con colores personales. Lo corrigen a su gusto, descontentos, especialmente con ellos mismos, desnudan a las flacas, transforman a las gordas en estatuas, gracias a sus manos incansables una mujer con cara de caballo puede convertirse en una estrella.

Mejor no sonreír, o va a creer que acepto.

Fue natural que Felipe se enamorara de Danny-o, lo mismo que otros. Le tendió una red, por si caía, le dio un empleo en la tienda. Le salió el tiro por la culata, la Eu se apropió del pajarito. Igual siguieron amigos. Y, estos dos últimos meses, Felipe, siempre que podía, iba a la clínica. ¿Cómo no iba a ir?

Era el único conocido en la sala de espera, hundido en un sofá color humo, frente a los enormes ventanales, ahumados también, mascándose una uña.

—¿Qué te habías hecho? —Felipe se levantó y me dio un beso en cada mejilla. Yo también lo besé en la misma

forma—. Siglos que no te veo en el Tavelli. No me digas que está pasado de moda, que me matas. A mí me parece un lugar súper entrete, aunque es verdad que por el lado del Drugstore parece el decorado de una película futurista barata. En cualquier minuto aparece Schwarzenegger y nos aniquila. A veces vuelvo a los Santos Lugares de Bellavista por aquello de los recuerdos de la vieja pianola y lo breve de la vida y lo pasajera que es la moda, todo eso. Y no he visto a la Viera. A nadie. Bueno, el miércoles pasó Danny-o por la tienda. Por la vereda de enfrente, ¿cómo lo hallas? Está hecho una ruina. Terno y corbata, con los zapatos lustrados, peinado, perdió esa gracia angelical que produjo tanto cataclismo.

—¿Qué ya no trabaja contigo?

—Oye, estái super atrasado de noticias. Esto de la Eu fue hace cuánto, ¿un mes?, Danny-o renunció hace tres semanas. ¿Te das cuenta? Pobre Eu, un mes en coma, por lo menos le va a quedar el cutis regio. Una especie de cura de reposo. ¿No crees que es mejor reírse? Por lo menos yo, que puedo. Pero no me río fuerte. Una porque arruga y otra porque no viene al caso, no es el lugar, ni el momento. Me imagino que tú tampoco sabes por qué la Eu hizo esta brutalidad. Nadie me va a contar la firme. Por eso estoy como loro en el alambre. No entiendo por qué diablos lo hizo. Tiene un marido estupendo, un amante que ya me lo quisiera para un día domingo, y sale con esto. ¿Qué más quería? Lo peor de todo es ser definitivamente pobre o feo, hallo yo. Que no es su caso. Ni el nuestro, Rodrigo, te involucro.

—Gracias, eres muy bueno. Y mentiroso.

—Sí, soy una bruja buena, sana, deportiva. Todo lo contrario de la Eu, que últimamente, «antes de», estaba estudiando para arpía. Lo que pasa es que no puede ser

más mal criada y eso hay que pagarlo de alguna manera. Nada es gratis, como dicen las viejas del coro, esas de negro.

—¿La has visto?

—¿Estás demente? La cuidan como si estuviera radioactiva. El Joaquín está mudo, pobre, es que le ha tocado duro. Unos dicen que intentó matarla. Claro, absurdo, aunque yo no pongo las manos al fuego ni por mi santa madre. Del Danny-o no dicen nada, por suerte, aunque no era un misterio para nadie. No sé por qué razón insólita pensé que estaba en tu casa.

—Nunca ha vivido en mi casa. Estuvo por unos días, años atrás. Y hace tiempo que no lo veo. Meses.

—No me digas. ¿Seguirá de cuidador en la casa antigua?

—¿En la casa de Joaquín? ¿La casa antigua?

—Qué atroz. Sabes menos que yo. Está allá desde hace tiempo. Esa fue idea de la astuta de la Eu. Se lo raptó, la fresca.

—Yo creía que esa casa estaba clausurada.

—En cierta forma. Déjame pensar. Voy a llamarlo. Un teléfono, mi reino por un teléfono, aunque sea un celular, que es cosa de picantes.

Lo acompañé porque sí. No, porque quería entender lo que pasaba. Por supuesto que había teléfonos a mano. Marcó un número que se sabía de memoria. Esperamos un largo rato en silencio. Me imaginé el salón, los muebles cubiertos con fundas especiales, el sonido del teléfono llegando a la piscina, Danny-o nadando incansablemente con tapones de cera en los oídos. No. Estaba a mano.

—¿Danny-o? Habla Felipe. Estoy en la Clínica. No, no hay novedades, pero me parecía raro no verte nunca aquí.

Ahá. Claro, a esas horas no he venido. ¿Vas a venir? Por nada. Para saber. Para verte. Sí, está Rodrigo. Entonces te espero. Estaré aquí —colgó, terriblemente serio, y me miró como si yo lo hubiera insultado—. Vamos a ver qué pasa. Quiero decir, no me mires con esa cara de Catón, el Censor, si ella se tomó esa carretonada de píldoras por él, significa que rompieron, que está libre, en ese caso no estoy traicionando a nadie, somos gente adúltera. Tranquilo, padre putativo, no creo que pase nada. Para que me resultara tendría que apersonarse mi hada madrina, con uno de esos trajes de tul, atroces, que usan, como del Festival de Viña. Aunque mi suerte pudo haber sido igual que la de la Eu, pobre, pobrecita. Miento. La verdad es que siempre le tuve envidia. Eso también es mentira. No le creas nunca a un mentiroso cuando dice la verdad, porque esa es otra forma de mentir.

—Oye, Felipe, lo siento, me tengo que ir —pensé que se estaba poniendo demasiado espeso.

—¿No quieres ver a Danny-o?

—No especialmente.

—¿Alguna razón concreta?

—Es tarde.

—No esperes que te crea, como diría la Bette Davis, que en paz descanse. Qué mundo este. Totalmente podrido. Será por eso que me gusta tanto. ¿De quién será esa frase? De alguien conocido. A lo mejor te vas porque hablo mucho.

—Nadie más entretenido que tú. Lo que pasa es que yo hablo poco.

—Caímos en la onda autocrítica, que me pudre. Pasa a verme a la tienda.

—¿Te va bien? —apenas abrí la boca me arrepentí de haberle dado un nuevo tema.

—Sí, pero no como para pensar en sucursales, que se llevan tanto este año. La clientela, toda íntegra, trata de sacarme la verdad sobre este asunto de la Eu, como si yo supiera. Les conté la versión oficial. Anda a verme. No puedo escaparme a ninguna parte. *Unfortunately*.

Se calló, intentó decir algo, algo que le dolía demasiado. Me dio miedo escuchar una confesión irreparable, le di una palmada en el brazo, me fui a gran velocidad. Oí una especie de maullido lastimero que decía:

—Deséame suerte.

Yo hice lo contrario.

Me levanto sin mirar hacia los ventanales que dan al lago y me voy a mi pieza. Saco mi pachita, me tomo un trago al seco, miro la cama fría. La Viera, necesito a la Viera. Quiero estar con ella, abrazarla, poner la cabeza sobre su pecho y esconderme del mundo por un rato. La llamo por teléfono. No contesta nadie. Mañana la llamaré a primera hora.

No puedo convencerme de que Danny-o esté muerto. Y en esa forma horrible.